

Alfonzo Guillén Zelaya: una cátedra de profundo amor a la patria

La sociedad hondureña suele olvidar con injustificada facilidad el legado de generaciones ilustres que han dedicado su vida y sus obras a engrandecer Honduras, y Alfonso Guillén Zelaya es una muestra de ello. Nació en la ciudad de Juticalpa el 27 de junio del año 1887, ahí paso su infancia y adolescencia, viajando a Tegucigalpa para continuar estudios superiores en la entonces Universidad Central. Vaivenes del destino hicieron que muy joven debiese viajar a Guatemala en el año 1913, participó en la delegación hondureña a las conferencias en Versalles al termino de la Primera Guerra Mundial, fue diplomático hondureño en Nueva York hacia 1919 y director y editor de periódicos en Honduras (*El Cronista* y *El Pueblo*), en Guatemala y también en sus años radicado ya en México. Falleció el 4 de septiembre de 1947 en la Ciudad de México.

Alfonzo Guillén Zelaya dejó escrita una incontable cantidad de poemas, ensayos y conferencias. Buena parte de este material nos es desconocida por haber sido publicado en diarios y revistas en el extranjero. Pero lo poco que se ha recopilado en el país nos da una idea de la riqueza de su pluma. Especialmente revelador de su profundo amor patrio es el escrito publicado en el número 6 del *Boletín de la Defensa Nacional*, apoteósico proyecto editorial del ilustre bardo Froylán Turcios que en sus páginas reunió a lo más granado de la intelectualidad nacional condenando la llegada de tropas militares extranjeras que desfilaron y se instalaron en pleno centro histórico de Tegucigalpa en marzo de 1924 con la excusa inveterada de resguardar la vida y los intereses de ciudadanos de su país ante el peligro del sitio de la ciudad en los meses de febrero, marzo y abril de ese infausto año 1924. Por su elevada escritura y vigencia en nuestro presente, transcribimos íntegro este escrito como escarnio de aquellos que enlodaron la dignidad de la patria en busca de sus mezquinos y egoístas intereses. Quienes pensaron que no serían juzgados por la historia lean esta columna, leánla también aquellos que en el presente se sientan aludidos por ella.

En su escrito *Lo esencial*, Guillén Zelaya afirma que «Lo esencial no está en ser poeta, ni artista, ni filósofo. Lo esencial es que cada uno tenga la dignidad de su trabajo, la alegría de su trabajo, la conciencia de su trabajo». En buena medida esta reflexión del literato ha sido la inspiración del insigne Programa Lo Esencial de la Reforma, modelo moralizante de nuestra universidad que a través de la transversalización de los ejes de ética, identidad, derechos humanos y construcción de ciudadanía en todos los ámbitos del quehacer universitario busca la transformación de los hondureños y hondureñas que bajo sus aulas se forman. Esa es la fuerza que un escritor llega a tener en su nación, esa es su trascendencia, ese es su legado. No en balde ha escrito de él otro gran literato nacional como lo fue Luis Andrés Zúñiga:

Ha herido de frente a los enemigos de la República, ha creado una conciencia nueva y ha enseñado a la juventud con su ejemplo, las lecciones sabias de decir la verdad con valor, de tener el valor de ser un hombre honrado. Guillén Zelaya ha escrito poca literatura, pero ha hecho algunas breves obras maestras. Es un sonetista insigne y un prosista macizo, nutrido y armonioso. Noble poeta, alto poeta, es uno de nuestros patriotas más limpios y una de nuestras glorias más puras.

Luis Andrés Zúñiga. *Alfonzo Guillén Zelaya.* En diario *El Cronista*, jueves 14 de marzo de 1929. Año XVII, No. 4,403. Tegucigalpa: Imprenta Calderón. p. 1.

Marines estadounidenses en la antigua Legación Americana en Tegucigalpa, marzo de 1924. Autor desconocido. ►
Copia en papel fotográfico blanco y negro tipo *Post Card*. 13.5 x 8.4 cm



La verdad del Panamericanismo. Alfonso Guillén Zelaya

Boletín de la Defensa Nacional. Miércoles 26 de marzo de 1924. No. 6. Tegucigalpa: Editado por Froylán Turcios. p. 1.

A diario se quejan los norteamericanos de la desconfianza con que se reciben en nuestros países los actos del Gobierno de los Estados Unidos. El ciudadano que se agita en un ambiente de respeto al derecho y la libertad humana, encuentra absurdo y a su vez increíble que más allá de sus fronteras, en puestos indefensos, los representantes de su patria violen esa misma libertad y ese mismo derecho.

Gentes nobles, gentes que creen en la justicia y la sinceridad del mundo nos acusan de prejuicio, y se organizan para obtener una verdadera afinidad espiritual que haga surgir la simpatía y por ende la necesaria comprensión entre su país y los nuestros. Sólo así, dicen ellos, les será dable comprobar que su respeto al derecho, del cual –a partir de la guerra europea, se han erigido en campeones– es una verdad de la civilización. El movimiento en este sentido es cada vez más creciente, y cuantos se inclinan allá con veneración decorosa frente a los ideales de sus antepasados, sueñan con ver implantada en breve una leal y generosa fraternidad en el Continente.

Pero he aquí que mientras allá se lucha con laboriosa buena fe, acá se asesina en forma torpe el impulso generoso del pueblo norteamericano. Ni ofensa en la persona ni perjuicio en sus intereses han recibido los ciudadanos de los Estados Unidos residentes en esta capital. Vida plácida, vida de varón feliz, ha llevado entre nosotros el señor Morales desde cuando carecía de investidura diplomática. Contaba con la simpatía de todos. Era uno más en nuestra casa. Sin embargo, de un día para otro, este buen amigo nuestro, se revuelve iracundo, y hace ingresar por las calles de nuestra capital, marchando con insolente gallardía y armado hasta los dientes, un ejército de marinos de su país, ejército que nadie le ha pedido, que nadie esperaba, y que todo hondureño digno ha visto con la natural repulsión con que es forzoso ver todo ultraje a la soberanía de su patria.

Nadie sabe a qué vienen, ni por qué han venido los soldados estadounidenses. Quizá ni el señor Morales lo sepa. Se le han dirigido notas de protesta, se le ha interrogado por la prensa. Y el señor Ministro guarda un silencio imperturbable.

¿Cómo creer entonces en el panamericanismo? Con actitudes semejantes ¿cómo es posible, sin cometer injusticia, acusar de prejuicio, de suspicacia o recelo a los pueblos de habla española en sus relaciones con los gobiernos de Estados Unidos? ¿Quién puede confiar en la sinceridad del amigo que nos asesta un bofetón en el momento de tenderle nuestra mano?

Lo que aquí pasa constituye una de las heridas más certeras que se han inferido al panamericanismo. Pareciera que el señor Morales estuviese empeñado en acumularle odios a su patria. Un enemigo de los Estados Unidos no habría conseguido hacer nada más hábil en detrimento de sus relaciones con los pueblos indo-españoles. Casi pudiera presentirse que le ha herido sonriéndole el sutil estilete de la diplomacia británica.

Recapacite el señor Ministro. Compare la obra y las aspiraciones de sus compatriotas con el hecho que ha llevado a cabo, y si tiene estatura moral, reconozca su error haciendo regresar a su barco, sin pérdida de tiempo, los soldados con que actualmente lesiona la soberanía de la República. Es éste el único medio para que el diplomático norteamericano, reivindique, en forma decente y caballerosa, la simpatía con que le ha honrado el pueblo de Honduras.

Marines estadounidenses desfilan con su armamento ► por las calles del centro histórico de Tegucigalpa, marzo de 1924. Autor desconocido. Copia en papel fotográfico blanco y negro tipo *Post Card*. 13.5 x 8.4 cm

